

abiertos labios dejaban entrever sus finos y blancos dientes.

—¡Cállate! se ha dormido, — dijo en voz baja el marqués, volviendo hacia el velador la cabeza.

—Es lindo como un ángel el chiquillo, — dijo la señorita Sebastiana, con acento de franca admiración.

—¿Qué vamos á hacer con él? — preguntó el marqués que se había puesto algo pensativo.

—Por el momento lo que hay que hacer, sin ningún género de duda, es meterle en la cama — contestó la señorita Fierbois.

—Teneis mucha razón, madrina; voy á decir á Ambrosina que le disponga la cama en el gabinete azul...

M. de Rosieres salió del salón andando de puntillas para no hacer ruido. Volvió cuando ya estaba preparada la cama, y el marqués y la señorita Sebastiana concertaron, para no tener que despertar á Lorenzo, trasportarle á brazo entre los dos, sin moverle del sillón. A la primera sacudida, entreabrió los ojos el jovenzuelo, vió de una manera vaga, al resplandor de la lámpara, los rostros sonrientes de su padrino y de la vieja, murmuró una ó dos palabras inarticuladas, y dejó otra vez caer sobre el hombro la soñolienta cabeza.

Una vez instalado en el gabinete azul, la señorita de Fierbois dejó á M. de Rosieres ocupado en desnudar á su ahijado, se echó sobre la cabeza su capucha encendió la linterna, tomó en la antesala el palo de

acebo que la servía de bastón, y se encaminó sola á la fábrica de vidrios de Petites-Isletes.

## VII

El siguiente día por la mañana, en tanto que Lorenzo dormía á pierna suelta en la gran cama de columnas del gabinete azul, M. de Rosieres, con la cabeza alta y las manos en los bolsillos, medía á grandes pasos la glorietta, meditando en el incidente de la víspera.

Aquel ahijado que le caía de las nubes ibá perturbar en gran manera la plácida quietud de su existencia celibataria. Por de pronto, tenía por seguro que la hermana del marqués, Mme. de Breuilles, exclusivamente preocupada de los intereses de su hijo Santa María, había de ver con muy malos ojos la intrusión de aquel joven huésped en la casa del Boisd-Penses. En segundo lugar, había que contar con los Husson, pues por más que Lorenzo no tuviera motivos para estar satisfecho del panadero, era todavía menor de edad; no podía ser arrancado de su familia sin obtener el previo consentimiento de Memmie Husson y para ello era preciso entablar con este último una correspondencia desagradable.

No era esto todo: aun suponiendo que el panadero

diese carta blanca al marqués para obrar por su cuenta, ¿qué partido se iba á tomar con Lorenzo? No era posible dejarle vivir entregado á la ociosidad en las Isletas, antes bien, se hacía preciso crearle una posición y ayudarle á hacer su camino en el mundo. Rebelábase algun tanto el marqués ante la idea de echar sobre sí todas aquellas responsabilidades que atemorizaban su egoísmo de viejo solterón. Por otra parte, hacer regresar á Lorenzo á Juvigny, era cosa en que no había que pensar siquiera; aparte de que el chico no parecía dispuesto á acomodarse á tal solución, indignábase M. de Rosieres solo ante el pensamiento de semejante crueldad.

En el fondo de su conciencia considerábase el marqués obligado á prestar amparo y protección á aquel niño que había venido á refugiarse bajo su techo hospitalario. Además, Lorenzo le agradaba, y todo un encadenamiento de misteriosas causas le ligaba á aquel adolescente, cuya mirada y cuyo timbre de voz le habían desde el primer instante conmovido hasta en lo más hondo de sus entrañas.

—¡Vive Dios!—dijo hablando consigo mismo—tendría que ver que dejara yo escapar la mejor ocasión que ha podido presentármeme para mostrarme hombre de corazón y de palabra... Ese niño ha creído en mis promesas, y no es justo que sea engañado como una alondra atraída por el reclamo. Nada, me quedo con él, y diga mi hermana lo que se le antoje.

Tras este monólogo, subió el marqués á su cuarto y se puso á escribir á la señorita Sofia Husson. Embarazosa y difícil debía ser para M. de Rosieres la redacción de aquella carta, porque tuvo que volverla á empezar varias veces, y apenas la había terminado, cuando entró Ambrosina á anunciarle que estaba servido el desayuno.

El marqués encontró á su ahijado en el comedor, entretenido en pasar revista á los retratos de los Rosieres, colgados en la pared.

—Que tal, hijo mio—le dijo tocándole cariñosamente en el hombro—¿has dormido bien? ¿tienes buen apetito? Ante todo, vamos á almorzar, que tiempo tendremos luego para hablar de cosas serias.

Terminado el desayuno, llevóse M. de Rosieres á su huésped hacia el jardín, cuyos florecidos banales y arriates dominaban el valle. Lorenzo no tenía ojos para admirar todo lo que á su contemplación se ofrecía: las platabandas donde exhibían sus brillantes colores el lirio, la peonía y el tulipán, los tejados y humeantes chimeneas de la aldea y los selváticos horizontes de la Argona ondulando hasta perderse de vista. Aspiraba con delicia aquel aire cargado de oxígeno y saturado del perfume de los bosques, y se extasiaba escuchando la música de los pájaros.

—¡Qué país tan hermoso!—exclamó entusiasmado.

—¿Te gusta? Ya te lo haré conocer más detalladamente otro día, mas, por ahora, tenemos asuntos

más urgentes en que ocuparnos. En primer lugar, te diré que he escrito á tu tía Sofía que te quedas aquí...

—¡Gracias, padrino!

—Eres ya un mocito, puesto que debes tener diecisiete años cumplidos, y es necesario pensar en tu porvenir... ¿Adónde llegas en tus estudios?

Lorenzo contestó que estaba terminando la asignatura de retórica y que contaba con presentarse al grado de bachiller el año próximo.

—¡Muy bien! Ante todo hay que ser bachiller; después me dirás qué profesión piensas elegir. Tan pronto como reciba la contestación de tu tía, te llevaré á un buen colegio de París y no volverás aquí hasta que seas un hombre hecho y derecho.

Lorenzo se arrojó al cuello del marqués, quien le abrazó con efusión, y después se fueron juntos á visitar á la señorita Sebastiana Fierbois.

Dos días más tarde se recibió la respuesta de la señorita Sofía. M. de Rossières no leyó la carta á Lorenzo, sino que le dijo lacónicamente que Memmie Husson se avenía á todo, y le entregó una esquelita, cuya tinta, lavada y blanquecida en algunos sitios, indicaba bien claramente la huella de lágrimas vertidas al escribirla.

La señorita Sofía recomendaba á Lorenzo que fuera juicioso, que se portase con honradez y delicadeza en todos sus actos y concluía enviándole mil cariñosos abrazos.

La señorita de Fierbois tomó á su cargo disponer y confeccionar el equipo del ahijado, y cuando estuvo todo corriente, el marqués y Lorenzo montaron en la diligencia de Chalons y el siguiente día por la mañana entraban en París.

A partir de aquel instante, comenzó para Lorenzo una existencia completamente nueva. Al principio las sorpresas y embelesos de París, el tumulto de las grandes calles populosas, el hormigueo y confusión de los bulevares resplandecientes de claridad á la caída de la noche, las febriles emociones del teatro y el sentimiento de la soledad en el centro mismo de la muchedumbre.

Después vinieron los días de estudio en el colegio de segunda enseñanza.

La inteligencia del joven provinciano adquirió en breve un sesgo distinto y unos vuelos desconocidos al ponerse en contacto con las imaginaciones parisienses, tan vivas, tan despiertas, tan bulliciosas y tan exquisitamente aguzadas. Mucho más pronto de lo que pensaba, se sintió dispuesto para optar al bachillerato, y tan luego como tuvo noticia de ello M. de Rosières, se presentó en París y se dedicó á dar los pasos y llenar las formalidades indispensables para los ejercicios de examen. Había cuidado de llevar consigo el acta de nacimiento de su ahijado, y fué personalmente á entregarla en la secretaría de la Sorbona.

Fecha memorable fué para Lorenzo el día del examen, y durante mucho tiempo después no podía menos de recordar la hora de angustia que había pasado entre el ejercicio de traducción y el examen oral, en aquel inmenso patio de la Sorbona, cuyas losas verdinegras había pisado con paso calenturiento.

Por fin fué aprobado, y su padrino le llevó con aire de triunfo al Luxemburgo, á la sazón bañado de sol. Comieron juntos en el café de Carón, y al llegar á los postres, M. de Rosières, después de acercar á los labios un vaso de pomard, de ese delicioso vino que se cosecha en el departamento de Côté d'Or, dijo á su ahijado.

—Héte aquí hecho todo un bachiller, lo cual ya es algo, pero sepamos ahora qué carrera vas á elegir. ¿Quieres ser abogado? Dicen que en los tiempos que corremos es una profesión que abre las puertas para todo. Por mi parte me gustan poco los habladores, pero no quiero influir absolutamente en tu resolución ni contrariar tus inclinaciones.

Y como Lorenzo le manifestara que no sentía gran afición á las anfractuosidades de la chicana y á las su tilezas del Código, prosiguió diciendo el marqués:

—¿Sabes lo que yo haría en tu lugar? Seguir la carrera de medicina. El viejo facultativo de las Isletas no tardará en ir á reunirse con sus enfermos; la plaza no es mal bocado, y por lo que á mí hace, no me dis-

gustaría verme asistido y cuidado por tí en mis achaques de la ancianidad.

—Sea la medicina—contestó alegremente Lorenzo; —más me gusta esa profesión.

Pocos días después se personó el marqués en la secretaría de la escuela de Medicina para llenar las formalidades exigidas; en seguida instaló á su ahijado en un gabinetito de la calle Madame, le entregó el primer trimestre de su asignación y regresó á las Isletas.

Transcurrieron cinco años, cinco años bien aprovechados, de constante aplicacion durante el día y de fructuosas horas de estudio durante la noche. Lorenzo se había hecho un arrogante mozo, de viril y franca fisonomía, entendimiento vivo, sano y despejado y apostura desembarazada y elegante; sus negros ojos mostrábanse alegres y serenos, y sus labios, henchidos de juvenil y fresca sangre, aparecían como dos maduras cerezas á través de la rizada barba. Por más que no hiciera vida de cartujo y se le encontrase alguna vez con alegre compañía en Robinsón ó en el baile Bullier, tenía bastante fuerza de voluntad para acomodar sus apetitos de placer á los ingresos de su pensión metálica; sabía quedarse con hambre, y no consentía jamás que las aficiones callejeras le robaran sus horas de trabajo.

En virtud de un concurso, fué admitido como interno en la Caridad, y desde aquella fecha fué clasi-

ficado en el número de los estudiantes aplicados y laboriosos que ofrecían grandes esperanzas para el porvenir.

Durante el período de aquellos años de estudio, solo una vez volvió á Juvigny, con motivo de las quintas. Se apeó en el hotel, y cuando Memmie Husson recibió la noticia de su llegada, le envió á decir que no tenía el menor deseo de volverle á ver; pero la tía Sofia acudió inmediatamente á abrazarle y no se separaron durante todo el día. El beso matinal de la tía fué de feliz augurio para Lorenzo, que sacó un buen número en el sorteo y pudo volver, exento de toda preocupación, á sus estudios de medicina.

Durante aquel tiempo, en las Isletas corrían las semanas uniformes, lentas y monótonas como las gotas de agua que escurren de un tejado. El marqués cazaba, hacía sus cuatro comidas, echaba vientre, regañaba á Ambrosina y jugaba por las tardes al chaquete con la señorita Sebastiana. A fin de que su hermana le dejase en paz, había consentido en sermonear á su sobrino Santa María, y sus reprimendas, unidas á las súplicas de Mme. de Breuilles, habían decidido al joven á abandonar sus comezónes de celibato eclesiástico. Regresó melancólicamente al Neufour, al lado de su madre, y el marqués se desvivía por buscarle mujer entre las herederas de aquellos contornos. Tarea poco grata y que ponía á duras pruebas la paciencia de M. de Rosieres, porque el joven San-

ta María se mostraba poco sociable y comunicativo, y su caracter taciturno no era el más á propósito para hacer de él un pretendiente fácil de colocar.

El marqués cifraba sus únicos consuelos en las cartas de su ahijado, de tal manera, que cuando recibía alguna, era día de expansión y de calma en el Bois-des-Penses, y Ambrosina, á quien más de cerca alcanzaban sus efectos bendecía la hora en que llegaba el peatón con la correspondencia. Por la tarde, antes de principiar la partida de chaquete, leía M. de Rosieres en alta voz á la señorita de Fierbois la epístola del ahijado, y la lectura terminaba invariablemente con esta ó parecida reflexión:

—¡Perfectamente! ¡esto es lo que se llama un hombre!... A fé que éste no contestaría con respingos de jumento á los arrumacos de una muchacha tan linda como Berta Fontenille... ¡Vayan al diablo los encogidos y cortos de genio!...

Cierta hermosa tarde de fines de verano de 1857, la señorita de Fierbois fué acogida, al entrar en la sala, con una exclamación de M. de Rosieres, que hacía cabriolas, agitando en la mano una carta.

—Madrina—la grito,—Lorenzo ha recibido el grado de doctor, y espero que le confiareis vuestra clientela. Le tendremos aquí dentro de tres ó cuatro días... ¡Viva la alegría!... Me siento con ganas de bailar...

Cogió por las manos á su vieja vecina, tarareando

los primeros compases del minué de Exaudet: ¡trá, la la!... ¡trá, la la!... ¡trá, la, la!... Y se dió tan buena maña, que aquella acabó por bailar seriamente con él, con gran embobamiento de Ambrosina.

Dos días después, á la puesta del sol, la diligencia de Chalons á Verdun hizo de pronto una parada antes de bajar la cuesta de Biesme, y saltó de la imperial un viajero, que no era otro que el mismísimo Lorenzo.

Eran los primeros días de Agosto, víspera precisamente de San Lorenzo, y queriendo dar una sorpresa á su padrino, había anticipado el joven su viaje, á fin de llegar á tiempo para la fiesta del marqués.

Sin detenerse á contemplar el soberbio espectáculo que ofrecía á tal hora la selva de Argonne, medio sumergida en las cálidas brumas del poniente, tomó á mano derecha una senda que descendía hacia la casa del Bois des-Penses y entró en la morada de M. de Rosieres por la puerta del huerto. Contando con encontrar al marqués todavía sentado á la mesa, iba formando al paso un ramillete, á expensas de los rosales que encontraba por el trayecto, y llegó silencioso hasta una de las alas del vetusto edificio, cuando oyó rumor de voces en la sala de billar. Encontrábase precisamente tras una cortina de frambuesos que ocultaba una de las ventanas; se paró, aplicó el oído, y no tardó en sentir tan vivamente excitada su curiosidad, por lo que en el interior pasaba, que no pensó ya

en alejarse de aquel sitio. Lejos de eso, se adelantó con precaución hasta cerca de los frambuesos y por los intersticios de las hojas penetró su vista hasta el centro de la sala.

No lejos de la ventana, estaba sentada una joven en un estrecho canapé de cutí, y conversaba con un sujeto ocupado en hacer correr distraidamente las bolas de marfil sobre el paño verde de la mesa.

A juzgar por lo que Lorenzo alcanzaba á ver á través del follaje, aquella muchacha era verdaderamente encantadora, y en el aplomo de sus entonaciones de voz, en la graciosa soltura de sus movimientos, se adivinaba que ya no se hallaba en la edad de las colegialas tímidas y de las niñas cándidas y sencillotas.

Representaba unos veintitres ó veinticuatro años. Bastante alta, regordeta, sin ser demasiado gorda, tenía el cutis blanco, espesa cabellera negra, y ojos azules rasgados y como acostados bajo unos párpados zalameros. Sus labios rojos y un poco delgados, se mostraban frecuentemente pròpensos á la sonrisa, pero aquella sonrisa misteriosa y sardónica, acentuada por dos leves hoyuelos en las mejillas tenía un no sé qué de pérfida y maliciosa. Su falda de color claro caía en largos pliegues á su alrededor, y el descotado corpiño dejaba transparentar bajo un camisolín de gasa, unos hermosos hombros y un pecho bien modelado, cuya llamativa blancura hacía resaltar doble-

mente una rosa encarnada prendida en un sitio coquetamente elegido.

El jugador de billar formaba extraño contraste, tanto por su apostura como por su traje, con aquella linda muchacha. Pequeño, delgado, vestido de negro de pies á cabeza, á pesar de la estación, tenía las espaldas arqueadas, las maneras toscas y los movimientos indecisos y vacilantes. Su tez aceitunada, sus ojos húmedos y sus facciones marchitas le hacían aparecer más viejo de lo que era en realidad. El rostro afeitado, enjuto y melancólico carecía de atractivo, pero no de distinción; su frente, en que se refleja la inteligencia y su mirada, á la vez penetrante y lánguida, llamaban la atención y denotaban que bajo aquella fragil envoltura se ocultaba una personalidad nada vulgar y digna de interés.

La conversación entre los dos interlocutores se interrumpía por frecuentes paréntesis de silencio. La joven dirigía á su compañero maliciosas preguntas, á las cuales contestaba éste de una manera breve y embarazosa.

En el momento de llegar Lorenzo detrás de los frambuesos, decía la joven agitando con impaciencia el abanico:

—¡Qué simpática persona es vuestro tío! Alegre y decidor como un joven, á pesar de sus cincuenta años cumplidos... ¿Por qué no se ha casado?

—Lo ignoro, señorita.

—No será seguramente porque le hayan faltado ocasiones, puesto que, según dicen, ha sido un hombre muy afortunado..

Las belas chocaron con estrépito; el jugador se puso encendido y dirigió una melancólica mirada hacia el sofá.

—Verdad es,—prosiguió la joven plegando sus burlescos labios—que vos no debéis saber esas historias, ocupado siempre en cosas santas y serias.

—Os parezco muy atrasado, ¿no es verdad, señorita Fontenille?—respondió el interpelado con una inflexión de voz, en cuya aspereza se confundían el despecho y la compasión.

—No tal; por el contrario, vos sois quien debe juzgarme demasiado adelantada para mi edad. Confesad poniendo la mano sobre vuestra conciencia, Sr. Santa María, que estais escandalizado de oirme.

—Ya que apelais á mi conciencia, permitidme os conteste que en ciertas materias debe ser una joven, á mi modo de entender, si no absolutamente ignorante, al menos discreta y reservada.

—¿Es decir, que la hipocresía nos sienta mejor que la franqueza?... ¿Es eso lo que habeis aprendido en vuestros libros de teología?

Santa María se mordió los labios.

—Perdonad—replicó—pero dais á mis palabras una intención y un alcance que no tienen. Se puede ser reservado sin ser hipócrita.

La señorita Fontenille disimuló un bostezo detrás de su abanico.

—Eso es demasiado metafísico para mí, y consultaré sobre ello á mi confesor.

Y añadió con una risita sonora, acompañada de notas agridulces:

—Todo lo que puedo contestaros es que estamos sosteniendo una conversación impropia de nuestra edad, y que hubiéramos hecho mejor en ir á reunirnos en el jardín con nuestros parientes.

Santa María comprendió sin duda que había estado muy poco amable, porque repelió con viveza las bolas sobre el paño, y aproximándose á la señorita Fontenille, la dijo:

—Perdonadme.

Alzó ella sus largas pestañas y fijó en el joven una mirada á la par sorprendida é irónica.

—¿Por qué?—le preguntó.

—Porque os fastidio... He frecuentado muy poco el trato social y no sé hablar su lenguaje.

—Se habla bien y se habla fácilmente de las cosas que nos son gratas—repuso ella frunciendo las cejas—y vos, no sólo aborreceis al mundo, sino que le despreciáis.

—Estáis equivocada—dijo su interlocutor con acento contristado;—por el contrario, aspiro á comprenderle, puesto que me es preciso vivir en su atmósfera... Quisiera identificarme con sus gustos y costum-

bres, y veo cuán difícil es ese estudio para aquellos que le emprenden demasiado tarde. Me desespero al considerarme extraño á todas las emociones y á todos los estímulos de los demás, y esto me hace padecer... Sí, sufro por esta causa y me vuelvo cada día más torpe.

En el brillo de sus ojos y en el timbre de su voz se adivinaba que hablaba con sinceridad, y la amarga rudeza con que se expresaba imprimía á sus poco agraciadas facciones cierta animación, no exenta de belleza.

La señorita Fontenille volvió á sonreír y volvió á dirigirle una mirada de asombro.

—¿Sabeis, Sr. Santa María, qué es lo que os perjudica? La falta de confianza en vos mismo... y —añadió con maligna intención—si me fuese lícito daros un consejo, sin incurrir en la censura de ser demasiada avanzada con relación á mi edad...

—Por favor—exclamó el joven con ademán contrariado,—no me hagais ruborizar de mi arranque pedantesco de hace un momento; sed indulgente, y aconsejadme.

—Con mucho gusto.. Venid á sentaros.

Con un rápido movimiento recogió la falda que cubría gran parte del sofá y la aplastó contra la cadera, por medio de algunos golpes de abanico, de modo que quedase un sitio libre á su lado.

Santa María, indeciso y coartado, la miraba sin



contestar; parecía que calculaba con alarmados ojos el reducido espacio comprendido entre los brazos del sofá y la crujiente falda de la señorita Fontenille. Se ponía colorado y no se movía de supuesto.

—¡Si será tonto!—decía para sí Lorenzo, parapetado detrás de los frambuesos, y muy entretenido con las peripecias de aquella comedia íntima.—¡Qué salvaje! Veamos si lo entiende.

La señorita Fontenille, sin dejar de aplastar los pliegues de su vestido, miraba de soslayo al joven, como si quisiera decirle:—¿Acabareis de decidirlo?

Santa María comprendió, por último, que de prolongarse aquella indecisión, se haría ridícula; tomó una silla y se sentó respetuosamente á dos pasos de la muchacha.

—¡Qué oso!—murmuraba Lorenzo, encogiéndose de hombros.

Tal vez pensaba lo mismo que Lorenzo la señorita Fontenille, pero se contentó con alzar un poco, en ademán burlón, las comisuras de los labios, y dijo cerrando bruscamente el abanico:

—En primer lugar, ¿por qué vestis de negro como un profesor ó un magistrado?

Santa María echó una rápida mirada á su traje, con poquisima gracia cortado, y balbuceó:

—Es ya una costumbre. . . ¿Qué inconveniente veis en ello?

—Os dá el aspecto de un viejo, y cuando os encon-

trais entre personas de trajes juveniles y alegres, desentona vuestra levita como una nota desafinada, y así lo conoceis vos mismo sin daros cuenta de ello. De ahí ese embarazo y encogimiento que, como decís, tanto os molestan.

—Seguramente teneis razón — dijo Santa María; — pero tengo, entre otras debilidades, la de no saber armonizar los colores, y si me metiera á combinarlos, produciría acaso una mescolanza aún más ridícula que mi inclinación á lo negro.

La señorita Fontenille se echó á reir.

—Pues es preciso aprender—replicó.

Y, como para unir el ejemplo al precepto, desprendió la rosa sujeta al corpiño y la aplicó un momento sobre su brazo desnudo, haciendo resaltar la satinada blancura de esta, merced á la oposición de los tonos de color.

Santa María bajó los ojos y se puso melancólico. Sentíase cada vez más contrariado, y á medida que declinaba el día, todo el buen deseo que había manifestado por escuchar los consejos de la joven, parecía irse borrando para ser reemplazado por una nerviosa inquietud. Por el contrario, su interlocutora aparentaba haber cobrado con las sombras del crepúsculo mayor audacia y exhuberancia de burlona locuacidad.

—Tomad — prosiguió — alargándole de pronto la rosa. — Puesto que ignorais el arte de armonizar los colores, vais á recibir la primera lección...

Aceptó Santa María la flor con aire encogido y desconfiado; tanto, que cualquiera hubiera dicho que su mano tenía miedo de rozar los dedos de la señorita Fontenille.

—Ahora—añadió ésta—colocadla en el ojal de la levita y vereis qué bien armonizan el rojo y el negro; un color aviva al otro...

Obedeció el joven, pero de una manera muy torpe y con cierto temblor de impaciencia nerviosa, hasta que el tallo se quebró y la rosa cayó al suelo.

—¡Sois poco diestro!—dijo ella levantándose con un movimiento de mal humor.

Santa María se inclinó para recoger la rosa, la hizo girar un momento entre los dedos, mientras que sus miradas, á la vez aburridas y confusas, interrogaban tímidamente á la señorita Fontenille, como para adivinar lo que debía hacer ahora con aquella malhadada flor.

—¡Dádmela!—dijo ella con sequedad.

Y poco menos que arrancándosela de las manos, la arrojó por la ventana y acto continuo salió majestuosamente sin mirar al pobre Santa María, que se quedó inmóvil y cariacontecido delante del solitario sofá.

—¡Diantre!—dijo para sí Lorenzo—ha llegado el caso de abandonar mi escondite, si no quiero ser sorprendido en flagrante delito de espionaje.

Metiéndose por una de las sendas del huerto echó á andar en busca de su padrino, pero no había dado una

veintena de pasos, cuando oyó un ruido como el que produce una falda de mujer al rozar los arriates de las platabandas y al dar la vuelta al sendero, se encontró de frente con la señorita Fontenille.

Esta alzó con expresión de sorpresa sus grandes ojos hacia aquel guapo mozo, que llevaba en una mano el ramillete y que con lá otra se quitaba el sombrero para saludarla. La preguntó dónde podía encontrar á M. de Rosieres, á lo que contestó la joven, haciendo una pequeña reverencia:

—Voy á reunirme con él, caballero; tened la bondad de seguirme.

Lorenzo echó á andar alegremente tras su linda conductora, cuyo vestido de muselina clara ondulaba como una tenue bruma en el crepúsculo, y llegaron á un cenador donde el marqués y sus huéspedes estaban tomando el fresco. La señorita Fontenille se apartó rápidamente á un lado y dejó de pronto al recién venido expuesto á las miradas de la sorprendida concurrencia.

—¡Lorenzo!—exclamó el marqués reconociendo á su ahijado.—¿Eres tú, hijo mio?... No te esperaba tan pronto...

—He querido hallarme aquí el día de vuestro santo, padrino mio—dijo Lorenzo, mostrando su ramillete y abrazando á M. de Rosieres.

—¿Con que te has acordado de mí?—replicó el marqués, tanto más satisfecho, cuanto que en su condi-

ción de egoísta, jamás se le pasaban tales cosas por el pensamiento.—Eres un excelente muchacho... Pero, voy á presentarte á mis huéspedes.

Volvióse hacia las dos señoras, que examinaban con curiosidad al recién llegado, mientras cuchicheaban con un caballero alto, vestido de tela de hilo y con sombrero de paja. Una de ellas, delgada, derecha, de ojos saltones, perfil afilado y espesos bucles de cabellos grises á cada lado de las mejillas, miró al joven con expresión de altivez y desconfianza al mismo tiempo, y le hizo un rígido saludo con la cabeza.

—Madame de Brioules, mi hermana,—dijo el marqués.—A esta otra señora creo que ya la conoces,—añadió, empujándole de pronto hacia la señorita de Fierbois.—Ya veis, madrina, qué desarrollado y qué guapo viene.

Lorenzo estrechó afectuosamente la mano que le alargaba Sebastiana, mientras el marqués proseguía la presentación.

—Monsieur Fontenille, la señorita Berta, su hija... Verdad es que ya habeis debido trabar conocimiento, puesto que esta señorita es quien te ha conducido hasta aquí...—¡Hola! ¿y dónde anda mi sobrino?

—Aquí estoy, tío—murmuró en la oscuridad una voz insegura.

—Pero, ¡sal aquí, donde te veamos!—gritó el marqués.

El estrecho perfil de Santa María se dibujó en el va-

cio luminoso que formaba la entrada del cenador. M. de Rosieres le cogió de la mano y le trajo enfrente de su ahijado:

—El doctor Lorenzo—repitió,—Santa María de Brioules, mi sobrino... Ambos sois jóvenes y solteros; espero que os vereis con frecuencia y que sereis dos buenos amigos.

## VIII

Santa María de Brioules era poco expansivo y seguía sin dificultad el precepto de la *Imitación*: «No abras tu corazón al primero que llegue... Frecuenta poco el trato de los jóvenes y de los extraños.» Su infancia había sido solitaria, retraída y enfermiza. Después de comenzar sus estudios en el campo, bajo la dirección de un sacerdote, los terminó en un instituto religioso, donde los alumnos, en verdad muy pocos en número, tenían cada cual su celda independiente.

Aquella educación sedentaria y taciturna, unida á una delicada salud y á una extrema timidez, había desarrollado en él muy poca afición al trato con sus semejantes. Amigo del silencio y de la meditación, prefería á todo aquel recogimiento del retiro, cuya continuidad se le hacía cada vez más dulce y agradable.